

Los lenguajes del cuerpo

Textos elaborados por:

María Diéguez*, Ana González*,
Ana Moreno*, Ana Moro*, Paloma Bacarizo**

Comentados por:

Julia Álvarez**, Carlos Fernández Liria***, Águeda Muñoz Jiménez**.

Las consultas de los hospitales, de los centros de salud, se llenan de cuerpos dolientes que narran su malestar de forma no siempre evidente. Si la enfermedad es una narración, concentrar la mirada en el síntoma que se expone no siempre es la mejor manera de entender el sufrimiento de la persona. Por otra parte, toda mirada es una mirada sesgada, influida por la formación del profesional, por su propia historia.

Como en otras ocasiones, el equipo de redacción de Átopos intenta ampliar la mirada proponiendo un diálogo entre diferentes fuentes del saber. Planteamos a profesionales de otros campos (la filosofía, Carlos Fernández Liria; la endocrinología, Águeda Muñoz y Julia Álvarez) algunas viñetas clínicas recogidas de la práctica cotidiana.

Viñeta 1.- Por el patio interior

Su abuela compartió casa con los bisabuelos hasta el mismo momento de su muerte. Se fue pasando la vida y no se habían separado ni un solo día. Eran otros tiempos.

No hay decisión, por sencilla o cotidiana que sea, que su madre tome sin que la abuela participe en ella. Si se asoman a la ventana del patio interior de su casa hasta pueden llegar a tocarse. Tan cerca viven.

La tía es más "moderna". Compró casa en el centro de la ciudad, el pueblo se le hacía pequeño. Tiene un marido, un par de hijos y una vida propia. Se lleva a Natalia a su casa cuando todo va fatal. Natalia la admira, quiere ser como ella.

Natalia, hija, nieta, bisnieta, nos contó un día con orgullo su firme decisión

* Psiquiatras, redacción

Átopos,

** Endocrinólogas. Hospital Universitario Príncipe de Asturias, Alcalá de Henares,

*** Filósofo. Catedrático de Instituto. Madrid.

de estar siempre con su pobre madre, tan cariñosa, tan solícita, tan desbordada, tan sola. "Sin ella, me moriría, es todo para mí". Pero hace tiempo, años, que no puede comer la comida que su madre prepara.

El abuelo llora sin consuelo cada vez que Natalia ingresa, el padre bebe y el hermano continúa con su metódica vida de abogado que comienza cada día con el mismo ritual: vestirse con la ropa que la madre deja preparada sin faltar encima de la silla.

A Natalia le encanta arreglarse, salir, una vez tuvo un novio que no pudo soportar su levedad ni las tardes sin poder salir de la casa de la madre cuando ella ya no podía andar. Quiere volar. Y cualquier día lo va a conseguir porque el cuerpo ya ni le pesa.

Viñeta 2.- Pacto con la muerte

Pensó que se estaba muriendo el día que su cuerpo decidió rendirse de repente. Y así, sin avisar, al menos sin hacerlo en un lenguaje que ella pudiera entender, su cuerpo se desplomó y su contacto con el mundo y con ella misma desapareció. Pero lo peor llegó cuando despertó en una cama de hospital incapaz de mover la mitad de su cuerpo, incapaz de andar.

Lleva en el cuerpo las cicatrices de una vida dura, no triste, nunca triste, dura. Su amor de juventud, que todavía hoy viene a sus sueños con frecuencia, se llevó con las drogas y las malas compañías, su alegría, su inocencia y, por dos, veces la posibilidad de ser una madre joven y alegre. Aquel primer aborto, sola en el baño de su casa, es una de las heridas más profundas.

Tardó tiempo en convencerse de la incapacidad de él para amarla y cuidarla. El segundo aborto, voluntario y, a la vez, definitivamente en contra de sí misma. Él eligió, se sabía incapaz de cuidar de nadie.

Y luego el accidente. Iban rápido, entonces el cinturón del copiloto no era obligatorio. Conducía un amigo que se la llevaba de fiesta para que olvidara la última discusión con él. Una fuerte sacudida, un ruido espantoso, la cara en el cristal. El amigo está vivo. Sangre en su cara. Con la camisa de él, la única ayuda que le supo dar, logra parar la fuerte hemorragia y camina entre los coches y la gente, que ni la mira porque no existe. Me muero, me muero, estoy muerta. Cómo es posible que nadie me vea. Cuando al fin se siente segura y viva, en la cama de un hospital, jura que jamás negará ayuda alguien que la pueda necesitar. Muchos años después Ángela está exhausta, no ha dejado de cumplir con creces su parte del trato un solo día de su vida. No está muerta pero ha vivido más para otros que para sí misma.

Entra en el despacho del psiquiatra en silla de ruedas. No puede dejar de hablar una y otra vez del más reciente episodio de dolor y de abandono de una larga lista; la voz del médico de urgencia a la enfermera mientras, Ángela, confusa, salía de otra de sus "muertes": "quién me ha llamado para esto, es que no está claro que está haciendo teatro". Días después el neurólogo confirma la sentencia; "las pruebas normales, no tiene nada que justifique la clínica"; de nuevo nadie puede probar que su sufrimiento es real, está fingiendo.

Ahora el dolor la inunda, pero no quiere rótulos, está intentando entender.

Viñeta 3.- En el fondo del hambre

Mientras la médico de Paloma se esforzaba durante años en diseñar planes de alimentación para ayudarla a perder ese peso de más que la amargaba, ella iba encontrando rincones nuevos donde esconder la comida con la que anestesiaba su malestar profundo, innombrable, inasumible.

Su endocrino hacía tiempo que andaba sobre la pista de "algo gordo" que debía estar detrás del fracaso de las dietas de esta, por lo demás, cumplidora paciente y excepcional compañera de trabajo. El día que abrió la puerta de su pasado para tratar de entender qué tipo de hábitos familiares habrían contribuido a este presente, Paloma acabó en mi consulta de psiquiatra. Tras varios meses de relación terapéutica todavía no es capaz de compartir con nadie aquellas escenas de la infancia que aun hoy invaden su vida en cualquier momento, con una cruel recurrencia visual, y llenan su cuerpo de una sensación de asco, extrañeza y culpa.

Si cuando tenía 7, 8, ...12 años hubiera podido satisfacer su deseo cada vez más intenso de gritarle a su padre que parara aquella injusticia; si su madre no hubiera elegido el camino de culparla a ella, la chica de la casa, de lo que no podía creer de su marido y del resto de sus males; si no la hubieran ido a sacar de la casa de la tía donde acudió a refugiarse con intención quedarse

para siempre, quizás hubiera tenido una oportunidad de crecer sin sentirse culpable de casi todo y sin la necesidad de ocultar su bello cuerpo de mujer.

Cuando "por fin" el monstruo murió, no sintió la despedida pero consultó porque no entendía estar triste, al fin y al cabo había sucedido lo que tanto había deseado, por primera vez sin culpa. No la entendieron; llorar a la muerte de un padre es lo normal. Así se perdió otra oportunidad de escapar del horror.

La madre cocinaba para el padre la mejor comida de la casa con el escaso dinero que su marido le daba, mientras el resto se conformaba con las patatas más baratas, eso sí, en cantidad para calmar quizás más el miedo y la rabia que el propio hambre. Hubiera sido peor que él se hubiera decidido a utilizar el cinturón que siempre tenía encima de la mesa, preparado para disuadir la posible proliferación de espíritus díscolos. "La boca abierta solo para comer".

El monstruo solía entretenerse durante horas dentro de la jaula en la que criaba sus pájaros con dedicación. Paloma salía de su habitación, justo enfrente, sin poder evitar ser testigo obligado de los otros placeres manuales a los que él se entregaba. "Limpia antes de que llegue tu madre, mujer".

Paloma no tenía una enfermedad, únicamente debía de someterse a una dieta, únicamente someterse ... No ha podido seguir recordando. Todavía.

Viñeta 4.- Córdoba, lejana y sola

María lleva la vida inscrita en el cuerpo. Es una mujer grande, su falta de cintura habla de maternidades seguidas y repetidas, sin tiempo para dedicarlo a ella. Sus ojos azules parecen añorar la vida que no tuvo.

María nació en un pueblo de la sierra de Córdoba. En los pupitres de la escuela infantil conoció al hombre con el que años después se casaría. No lo hagas, le decían sus amigas, conocedoras de la fama de Juan. Ella echa de menos las películas que no fueron a ver, los aperitivos que no tomó, los bailes que pasó en casa mientras Juan salía, bebía y se divertía con sus amigos. ¿Dónde voy a ir contigo? Le preguntaba desdeñoso a ella.

Los hijos fueron creciendo y María se debatía entre retenerlos en casa y dejar que se fueran. A fin de cuentas, Juan no los soportaba y se lo hacía saber.

Ahora Juan se siente mayor, desubicado en esta gran urbe a la que vinieron cuando el trabajo en el campo no daba más de sí. Y vuelve la mirada hacia María.

Me sorprende el comentario de María: *ahora que él quiere, yo no puedo*. María tiene fibromialgia.

Viñeta 5.- La huella del desengaño

El médico internista había solicitado valoración psiquiátrica de una paciente que llevaba unos días ingresada en su servicio por un cuadro compatible con un accidente cerebrovascular agudo. El motivo para recurrir al servicio de

interconsulta psiquiátrica era que en la exploración y en las pruebas complementarias realizadas, no aparecía ninguna evidencia de dicho cuadro.

Cuando la psiquiatra acude a valorar a Celia, se encuentra con una mujer de 55 años, de aspecto cuidado y maneras agradables, que la recibe sin reticencia alguna y se muestra absolutamente colaboradora durante la entrevista y la exploración psicopatológica. No impresiona de encontrarse deprimida, pero en el momento en que se le pregunta acerca de su vida personal rompe a llorar. Cuenta que está casada y tiene una hija de veintitantos años y que no le va bien en su relación conyugal. Resulta sencillo poner en relación su sintomatología con un acontecimiento biográfico, ya que la aparición del cuadro coincidió temporalmente con un incidente muy doloroso. Explica, entre lágrimas, que aquel día, cuando regresó su hija del trabajo le contó que se había cruzado con el coche de su padre. Según relata la paciente, su hija le aseguró que no iba solo; en el asiento de al lado lo acompañaba una prostituta. Celia no se muestra extrañada cuando se le comenta que el sufrimiento psicológico tiene, con frecuencia, repercusión en el estado físico. De hecho, revela que veinte años atrás, presentó un cuadro similar al actual en coincidencia con la marcha de su marido del domicilio familiar sin explicación ni aviso. Celia había empezado a mejorar ya antes de la visita de la psiquiatra, pero en los días posteriores el restablecimiento fue tal que fue posible darle el alta.

Antes de marcharse se mostró conforme con iniciar tratamiento psiquiátrico a nivel ambulatorio. También aseguró que no iba a permitir que su esposo volviera a pisar la casa familiar.

Viñeta 6.- Sordera

Bajo a la urgencia pensando en lo extraño de la llamada que acabo de recibir: el otorrino del hospital me pide que vea a un chico, Pedro, hijo de un conocido suyo con el que se siente comprometido, que ha tenido una sordera muy rápidamente progresiva. Lo han tratado con dosis altas de corticoides sin ningún resultado. Prácticamente sordo, le han hecho las pruebas previas a un implante coclear y los potenciales evocados (la prueba que registra la huella del sonido en el cerebro) y otros datos incuestionables son normales. Le he pedido que le pregunte al chico si quería hablar con la psiquiatra antes de ir. El otorrino ha tenido que escribirlo en la pantalla para que Pedro le entienda. Y ha dicho que sí.

Aunque tiene casi 30 años, Pedro está acompañado de los padres. Hablando en un tono algo más bajo del habitual en mí, me dirijo a él y le pido que me acompañe solo. Ya en el despacho, le digo que el otorrino me ha contado que aunque no oye, parece no haber anomalías físicas que lo impidan. *No me cabía nada más en el cerebro, dice.* Y Pedro empieza a contar...

Viñeta7.- Alma o Miguel

Alma viene a Madrid cada poco tiempo. Se libera, escapa de su "no ser" diario. Suelta su pelo cada día recogido en una coleta, pinta sus

ojos, y disfruta de poder "ser". Sólo sus rudas manos pese al esmalte de uñas, delatan entonces una profesión manual en su procedencia. Junto con la gravedad de su voz son el único rastro del Miguel de cada día. Alma, esa que cuando pasea devuelve el brillo a su mirada, es la misma que amenaza la estabilidad aparente de su rutina. Una vida familiar y laboral construida con una máscara en el pequeño y cerrado pueblo castellano que le vio nacer.

Es por ello que Alma, en sus visitas a la impersonal capital, mientras espera que la terapia psicológica le libere de esa mujer que vive oculta desde siempre en su interior, recibe dosis anodinas de tratamiento estrogénico hormonal que alivian su angustia.

SORDERA

Carlos Fernández Liria

Tener el cerebro lleno o vacío no es un mayor disparate que el hecho mismo de, sencillamente, tener cerebro. Los seres humanos hemos sido capaces de razonar con éxito sobre espacios euclídeos y no euclídeos, y hemos colmado de lógica lo irracional. Al griego que demostró la inconmensurabilidad de la diagonal del cuadrado, le llevaron a alta mar en una barca, le ataron una piedra al cuello y lo arrojaron al mar, para hacerle pagar haber despertado tanta inquietud. Desde entonces, los éxitos lógicos y matemáticos han avanzado mucho. Eso nos hace pensar que lo que llamamos "nuestra salud mental" es algo que tiene la firmeza de la lógica o la racionalidad de un teorema. En absoluto es así.

La salud mental tiene que habérselas con el hecho de existir. Pero todavía no ha surgido ningún geómetra de la existencia. Y la pregunta ¿por qué hay algo en general y no más bien nada?, sigue suspendida en el vacío. Todas las amarras que nos atan a la existencia están suspendidas en ese vacío. Una vez que se ha aceptado haber nacido del vientre de una madre, puede aceptarse ya cualquier cosa: se ha aceptado no ser el Todo y no ser la Nada. Se ha aceptado tener cabeza y tenerla demasiado llena o medio vacía, para el caso es igual. Se ha aceptado ser algo. Eso no es fácil ni difícil, es absurdo, porque es completamente contingente. El cerebro está ahí tan "de más" como la raíz de castaño de Sartre.

Probablemente, Pedro tiene cosas muy interesantes que decir. En principio, no cabe duda, se ha negado a asumir del todo la enfermedad en la que consiste ser humano. De hecho, nos da una pista sobre la naturaleza de lo que llamamos síntomas. Un síntoma, un complejo neurótico -y la salud mental no es más que uno de ellos-, es una forma de taponar en el cerebro el flujo absurdo entre el Todo y la Nada, entre existir o no existir, entre haber nacido o ir a morir. Un síntoma -incluido ese síntoma al que llamamos salud mental- es una forma de quedarse a mitad de camino frente a la existencia. Un tapón en el cerebro que permite a la realidad filtrarse un poco, pero nunca del todo. Sabemos muy bien -Lacan casi nos enseñó algo así- que ese "camino a medias" tiene que ver, sobre todo, con la inserción en el lenguaje. Tener el cerebro lleno de palabras es el recurso que hemos inventado los

humanos para soportar haber nacido y no ser dioses. No es nada extraño que, en ocasiones, el cerebro se llene demasiado y la realidad se apague por completo.

EL CUERPO COMO CAMPO DE BATALLA.

Águeda Muñoz Jiménez

Me gusta el título genérico de las viñetas, "el cuerpo como campo de batalla". Como médico me parece un precioso símil. En general en la facultad y sobre todo en la práctica clínica estamos/estoy acostumbrada a "ver" incluso físicamente, el aspecto de un cuerpo-campo de batalla entre la salud y la enfermedad.

En el cuerpo se ven, se oyen, se huelen incluso las devastadoras señales del combate: la cirugía, la infección, la quimioterapia, la emaciación, han tomado posesión de un cuerpo en el que los ojos dejan ver un alma dispuesta a luchar no ya por la curación, a la que silenciosamente han renunciado, sino por un tiempo más de vida, de fuerza, de tiempo.

En cambio los casos traídos a colación llevan hasta un cuerpo aparentemente sano (desde el punto de vista tradicional y más orgánico de la palabra) las armas, la fuerza, el dolor. No viendo la enfermedad orgánica de base, esos signos nos despistan, nos inquietan, a veces nos irritan incapaces de encuadrarlos en ningún síndrome conocido.

Se me ocurre que, acostumbrados como estamos a oír, ver y sentir las señales del cuerpo, el alma dolorida,

el alma frustrada que no ha aprendido a hacerse escuchar a través de la expresión de los sentimientos, sólo sabe mostrar las emociones con lesiones del cuerpo.

Hace muchos años que comprendí cómo "si te deprimas, te inmunodeprimas": una actitud vital de bajo tono, de poca autoprotección nos convierte en vulnerables ante los agentes externos. Ya lo dice el refrán "a perro flaco todo son pulgas". No sólo las infecciones, las enfermedades autoinmunes frecuentemente brotan en un mal momento, en situaciones de stress muy a menudo psíquico al que no se le ha dado relevancia, o que sencillamente era inevitable.

Pero otras personas necesitan convertir su dolor emocional en dolor físico, en enfermedad, no sé si porque ellas mismas no conocen otro lenguaje o porque en su entorno familiar, amigos, cuidadores de la salud incluidos hacemos caso omiso de otras señales que nos envía menos "aparentes".

Muy a menudo me he preguntado qué nos lleva a la enfermedad "física" como síntoma de enfermedad del alma. ¿Tendrá que ver con los primeros contactos del ser humano con su entorno? El hambre y la enfermedad son el mejor reclamo para ser atendidos solícitamente, sin demora y sin fisuras: así para ser atendidos algunos habrán hipertrofiado sus necesidades de alimento y cuidados. Pero ¿qué ocurre cuando ni esas necesidades primarias se han cubierto en su momento? Creo que esos son los pacientes con más profundo

dolor. Me recuerdan un poco a los estigmas de los santos, marcaban su cuerpo para simbolizar su comunión con su dios.

Hay males tan obviamente funcionales, como la sordera de Pedro o la parálisis de Ángela que si caen en las manos de un profesional con auténtico deseo de ayudarles, les colocarán delicadamente ante la verdad y tendrán que hacerle frente.

Más difícil me parece el manejo de aquellos otros casos en los que lo funcional y orgánico se imbrican hasta un punto en el que síntomas, fármacos... deben ser manejados por varios médicos y la enfermedad pasa a ser un continuo desfile de pruebas, médicos, fármacos, fracasos, peregrinajes: nada es eficaz o lo es por muy corto espacio de tiempo porque lo que cuenta es el baile, del médico de cabecera al reumatólogo, al psiquiatra, a la unidad del dolor y algún que otro especialista por otras situaciones intercurrentes. Como el baile no cesa, María ya no se acuerda de las carencias de la otra vida, ya no echa de menos la compañía de Juan.

Viñeta 1.- Por el patio interior

Qué difícil a veces encontrar una identidad a la que acercarse: madre, abuela...o el calor del nido o la soledad de volar sola como su tía. Ay Natalia! Hace falta mucho valor para salir por tu pie del nido para formar el propio! Hace falta mucho valor.

El calor de la soga al cuello, en las manos, el calor de ese patio en el que todo está cercano, que le

permite sentirse segura y asfixiada en la misma media ¿es vida lo que hay más allá de la jaula, ¿ es vida si deja de pertenecer a ese magma de generaciones sin individuos? ¿ será capaz de vivir esa vida?

Si no puede emular a las mujeres de su casa porque en ellas se pierde como ser humano, y tampoco hay una figura masculina a la que asemejarse, si no se atreve a volar como la tía porque no confía en la fuerza de sus alas... sólo hay un modo de salvarse: convertirse en pluma y volar... volar llevada por el viento. Qué lástima que en esa metamorfosis también se quedará sola.

Viñeta 2.- pacto con la muerte

Es curioso, a veces el ser humano es tan ciego y sordo a los mensajes de su propio cuerpo que parece necesario, para protegerlo, paralizarlo. Detener su capacidad de autodestrucción.

En esos momentos, la arrogancia del médico que reconoce un cuadro "fingido" puede ser cruel. ¿Nadie se ha dado cuenta de que es teatro? ¿teatro, ¿ es sólo una función? , pero un médico más inexperto que no sepa ver en el síntoma esa petición de ayuda...puede ser devastador: iniciar en manos un periplo de pruebas y posibilidades diagnosticas le daría a Ángela la perfecta coartada para no afrontar su vida...y reconciliarse con ella.

En realidad ha sido una suerte que alguien coloque ante ella un espejo y una vez inundada de dolor, pueda pedir ayuda, Al menos ésta vez, no podrá salir corriendo.

Viñeta 3.- en el fondo del hambre

Hay historias en las que la empatía llega a ser dolorosa. Suena una cuerda en nuestro interior en resonancia con Paloma y llegamos a ser capaces de sentir todo su dolor, su miedo su frustración, su asco.

Es fácil imaginar lo que una hija puede esperar de un padre y de una madre y el profundo dolor de no encontrarlo.

Como endocrino con experiencia en el tratamiento de pacientes obesos he comprobado con qué frecuencia se encuentra un crack inicial al comienzo de la ganancia de peso. En algunos casos perder peso, aún con el gran sacrificio que supone para estas personas, les coloca en un gran desequilibrio.

Es relativamente frecuente que la paciente, motivada y con mucha fuerza inicie una pérdida de peso que se detiene en cuanto empieza a cambiar su imagen corporal. Justo lo que para otros podría ser un estímulo, porque sirve de refuerzo positivo, en ellas ejerce de freno.

A menudo me he preguntado si tienen miedo del cambio que en su entorno se produzca en respuesta a su pérdida de peso.

El alimento tiene la capacidad trampa de calmar el vacío interior, de callar la ansiedad, pero también nos otorga una capa de aislante físico y mental respecto del medio en el que estamos. Nos confiere un disfraz en el que esconder las formas, un mullido amortiguador de las agresiones, una

excusa sólida y de peso para no buscar la felicidad.

Se me ocurre que cuando en la entrevista clínica con el paciente obeso exploramos qué le ha llevado a la consulta en ese momento y no en otro para encontrar el hilo motivador con el que tejer el trabajo posterior, podríamos también intentar averiguar qué ha tenido de bueno (o menos malo) convivir con la obesidad.

Sin saber qué beneficio secundario le otorga la enfermedad, es muy difícil contrapesar los beneficios de la pérdida de peso que exige mucho esfuerzo.

Viñeta 6.- sordera

Cuando he leído esta viñeta he pensado en cuánto es difícil ser escuchado, quizá porque hemos estado toda la vida oyendo a los demás y por tanto sin entrenarnos más que en una parte de la comunicación, la que empieza en la boca del otro y acaba en nuestra oreja.

En este caso Pedro sólo parece haber aprendido a poner la oreja hacia afuera, sólo sabe escuchar lo que otros, (al principio sus padres y quién sabe si todavía aún sólo podía oír la voz de sus padres) tenían que decir.

¡Puede llenarse tanto el cerebro de las escuchas ajenas!, puede estar tan desentrenada la lengua en expresar nuestro propio pensamiento. ¿Quién ha escuchado a Pedro?

Al menos su sordera fue selectiva y supo "oír" la oferta que el psiquiatra

le estaba ofreciendo. En cambio me llama la atención la distancia que toma el otorrino, debía ser tan obvio el grado de compromiso que tenía con los padres de Pedro que éste también era sordo a su voz. A menudo los médicos nos cegamos ante el compromiso con la persona que recurre a nosotros y olvidamos quién es el paciente, y por tanto con quien es el verdadero compromiso. Me queda una curiosidad después de leer la viñeta : cuando el otorrino le explica a Pedro que va a ser entrevistado por la psiquiatra ¿estaban también sus padres delante? Prefiero pensar que si, que la presencia de los padres era la única razón de que Pedro no pudiese oír las palabras del otorrino.

Viñeta 4.- Córdoba, lejana y sola

A diferencia de los otros pacientes, María anuncia su declive desde el inicio de la biografía: Juan apuntaba maneras desde el pupitre y aún así María decidió casarse con él, el devenir parece que sólo confirmó lo que era de esperar y aún así María continuó a su lado, aún perdiendo demasiado pronto a sus hijos. Ahora que él quiere... yo no puedo.

Si toda la vida me entreno en tomar las decisiones que menos me convienen, y sólo soy fiel a la idea de que yo puedo con todo, si pretendo sacar peras del olmo en lugar de admitir que me he equivocado, si en vez de abandonar el olmo me dedico a sacudirlo una y otra vez para que sepa que espero peras de él ¿no es esperable que me duelan todos y cada uno de los músculos de mi cuerpo?

Viñeta 7.- Alma o Miguel

No acabo de comprender el papel de Alma en este bloque, por varias razones: en los demás hay un síntoma físico, un dolor orgánico o una ausencia sensorial en respuesta a una agresión psíquica que la persona ha sufrido.

En el caso de Alma/Miguel no hay un síntoma físico sino la incapacidad de aceptar interna y públicamente una condición de transexual. No he acabado de entender si viene a la capital para expandir unos momentos su alma femenina o a intentar ahogarla, porque se habla de liberarle de (¿o liberar él?) alma femenina que se oculta dentro. Si se quiere desprender de la mujer que esconde ¿para qué toma los estrógenos?

Sea cual fuere la realidad entrevista en la viñeta espero de todo corazón que el tratamiento psiquiátrico y médico le lleve a la paz: que pueda querer y aceptar esa alma de mujer, o para rendirse y disfrutar de ella con las limitaciones de su condición de transexual y vivir como tal la segunda parte de su vida, o sencillamente pueda convivir con ella en esa segunda vida que viene y se va en cada viaje a la capital.

Me temo que a la postre el amor del otro será el que decida. Alma/Miguel se quedará más cerca del punto en el que se sienta más querido.

Al final es el amor del otro, cuando ese amor atrae a la superficie lo mejor de nosotros mismos, lo que nos ata a la vida.

DESDE EL OTRO LADO DE LA MESA.

Julia Álvarez

Viñeta 1.- por el patio interior

La lectura de esta viñeta me despierta un sentimiento de gran tristeza. Una joven se debate entre lo que es (una pobre joven limitada y enferma), lo que cree que debe ser (una buena hija como su madre) y lo que realmente le gustaría ser (una joven independiente con una vida por delante como su tía). Pesa demasiado la historia familiar. Los afectos y las ilusiones luchan permanentemente. Esta es la realidad de muchas de las niñas que tratamos y que sufren innecesariamente porque no han recibido ayuda para saber expresar lo que quieren y compartirlo con todos.

Viñeta 2.- pacto con la muerte

Esta mujer no ha sido protagonista de su vida: la vida la he ido arrollando con crueldad y dureza, con pocas posibilidades de elección, ha sido siempre sobrepasada por los acontecimientos sin ningún control. Siempre envuelta en un dolor del alma que el entorno sanitario no ha sido capaz de ver.

En ocasiones al personal sanitario nos cuesta entender que las enfermedades del alma forman parte de un todo que es la persona enferma, y lo tratamos como si el sufrimiento del alma, ese que se presenta somatizando, no tuviera mayor relevancia y se tratara de un capricho al que no hay que dar importancia y no una causa de intensísimo dolor para el paciente que, angustiado, nos está pidiendo ayuda.

Viñeta 3.- en el fondo del hambre

La lectura de esta historia me ha hecho llorar, quizá porque me recuerda a una paciente concreta y siento pena, amargura, profunda tristeza por esta Paloma y tantas Palomas que acuden a nuestras consultas. Asco, rechazo, rabia por la figura del padre y la sumisión de la madre, impotencia por no poder ayudarla ahora que es mayor y el monstruo ha desaparecido. La atrocidad de esta historia, o mejor dicho la de la paciente que me recuerda, me ha acompañado en muchos momentos con tristeza en ocasiones e insatisfacción ante la falta de eficacia de mi intervención como endocrinólogo.

Viñeta 4.- Córdoba, lejana y sola

María recuerda a un prototipo de mujer cuyo entorno social establecía el sometimiento al esposo. Ha pasado por la vida no siendo ella, sino una mujer que sufría el abandono y la humillación de quien sólo la utilizaba. Pertenece a esa generación de mujeres que han dedicado la vida al cuidado de marido e hijos (cuantos más mejor), disculpando las malas actitudes para con ella. Ninguna de estas mujeres pensaba en sí misma en ningún momento, en lo que le gustaría ser y hacer. Han vivido para lo que creían que era lo que debían hacer.

Desolación: nunca consiguió sentirse querida sino utilizada por todos, especialmente por su marido. Me gustaría tener una conversación con el marido, recriminarle su actitud, aunque no sé si esto es lo que le gustaría hacer a María si fuera capaz. Y otra conversación con María.

Viñeta 7.- Alma o Miguel

Historias de tragedias personales, de sufrimiento con lo que la vida ha dado y no se ha podido aceptar y ser feliz porque su realidad es otra. Los trastornos de la identidad del género son vividos con mucha angustia por los pacientes y sus familiares, y con gran desconcierto por el personal sanitario. Estar en un cuerpo con el no te identificas debe generar inseguridad, angustia, insatisfacción. El impacto del entorno puede ser muy lesivo. Alma/Miguel me hace sentir la misma fragilidad que deben vivir a diario.